



La respuesta



no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo — o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes — más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de

Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos - eso sí - las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontraremos que son "similares", o - eso también - "parecidos/as", a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portadores/as tanto unos/as como otros/as — aparte de "de valores eternos", que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener sillas para tantos/as — de obviedades tan nada diferentes de las propias que para qué repetir las, nosotros, por puro sentido común y del ahorro, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos...

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente! —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero [un destornillador...](#)

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

La respuesta

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza...

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperzaban en amaneceres tan iguales, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más corpulenta de las Ribagorza — que pero, bueno, eso es muy elástico...

— ¿Elástico? — Doña Regla — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

— Como muchísssimo — acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

— ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar ¡lo que hay que oír! Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender ea.

— Ea — doña Regla —, no; Belisaria.

— ¿Pero cómo — la Ribagorza — que ea, no?

La respuesta

—Pues como que no, sencillamente.

—Mira, Regla, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me molest... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

—Ya. Si no — doña Regla —: si algo sí. A lo que voy es a es que...

—Lo que ella está queriendo decir — la Ribagorza corpulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

—Ah — la corpulenta se calma; se calmó, pero sólo durante unos segundos que empleó en hacer un cucurucho con la servilletita del té, con lentitud, para deshacerlo luego con mucha presteza, y posar la servilleta doblada en cuatro sobre la mesa, y darle una palmada seca preguntando, en tono que dejaba traslucir su escepticismo —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

—Pues Amarito.

— ¿A quién conoce Amarito? — Inquisitiva, irreductible; dando la vuelta a la servilleta, que se queda ahora con las iniciales bordadas hacia abajo, y propinándole una nueva palmadita...

—A nadie, Georgina — la Ribagorza corpulenta pero menos es, era, infinitamente más paciente. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Amarito...

— ¿Y qué le pasó?

—Bueno — Regla —, nos contaron que le dio algo a la cab...

La respuesta

—Ya — ya no da, dio, la Ribagorza más vueltas a la servilleta y se contentó con ir presionando, con la uña, sobre cada uno de los picos de la puntilla —; pero quiero saber qué.

—Una apoplejía, o embolia o...

—Antes ¡Antes! — Y como muy impaciente contó todos los piquitos de la puntilla de un tirón.

—Pues que nunca fue niño.

Fue Belisaria, la primera vez que abría la boca en toda la tarde, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender ea.

—Nos enteramos, cuando los apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

— ¡Caramba!

—O, al menos, no un niño como los demás...

Aunque hubo quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo... ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona!... Encarece.

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Amanda, la bailarina...

—Mamá, en cambio, sí que había sido...

— ¿Quién?

— ¡Nicolás, mamá, Nicolás!

La respuesta

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada porque, dice, Martinita, ¿verdad?... entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos casi siempre.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Ribagorza —: sus clases de equitación o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —, sino, además, tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Alfredo Cantalauva, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente —, cada cual no ya sólo del cada “yo” que estuviera siendo entonces sino de todos los “yoes” de todos los demás componentes de aquella multitud heterogénea, abigarrada, que escuchaba absorta y boquiabierta o masticando el relato pormenorizado que aquella tarde le había tocado hacer a [Mariló](#) la de las horquillas de cómo mamá, con sus pies tan pequeños firmemente asentados sobre el duro suelo — pese a que Martinita calzara en su día un treinta y nueve y se supiera, de buena tinta, además, y tuviese un [carácter más bien desenfadado](#) —, se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Emerencio, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” – decía, en palabras textuales – los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Mesmina o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Obdulia.

–No es ningún viejo baúl, Emerencio — protestaba tratando de controlar su enfado —, es sencillamente un baúl muy viejo.

La respuesta

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con semejante aseveración y sin habérselo en su pronto tan irreflexivo propuesto, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Emerencio lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino idóneo era el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina... “o palangana desconchada; mejor — precisa, no doña Regla sino la hermana — para no disgustarla”, del aguamanil que fuera antaño de la habitación de don Heliodoro, que en lo «tocante a las mejillas de Obdulia, ¡Emerencio, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba siempre colorada como un tomate y, ella, «hasta las narices, Emerencio, de tu jodida manía porque, vamos a ver, Emerencio, ¿qué sentido tiene el querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia forzando al levantar de forma maquinal, involuntaria, los ojos al techo sin intención y sin percatarse de cómo nos complicaba la vida a todos con esa falta de dominio sobre sus impulsos, a que el tío Olimpio, tan comedido, se sintiera obligado a intervenir y mitigar la dureza de sus palabras con un «¡disminuida!» pronunciado con su proverbial dulzura y elevando, él también, los ojos al techo haciéndonos perder un tiempo precioso y, total, nada más para que ella respondiese con un seco "y qué diferencia hay con lo que yo he dicho, eh", está al cabo de la calle de que no fue?».

Y que no le destrozase los nervios «Emerencio; y usted, tío, perdóneme pero ya sabe cómo soy» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba y sin discriminar miembros de la familia o invitados, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar...« ¿pues qué va a ser?, mazamorrilla como siempre», contestaba cuando le preguntábamos « ¿qué?».

La respuesta

—Porque mamá se comportaba con frecuencia — cuentan, “¿verdad, Nicolás?”... hablándole muy fuerte — como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que jamás había cenado, para empezar, mazamorrilla, y para seguir, sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

Esta forma de proceder tan suya que debía ser calificada, por los más, de «enteramente irresponsable o ganas de tocar las narices» y tildada, por los menos, de «acto de profunda humildad digno de encomio» tenía en pura lógica que:

1 — O bien desencadenar las iras de los menos «porque, si además de ser pocos — dirían — nos toca la parte más difícil, ganaréis siempre vosotros». Y eso era injusto a todas luces.

Que parecía sensato.

2 — O, mejor incluso casi, hacer que los más montasen en cólera «porque, si además de ser muchos —argüirían — hemos de hacernos cargo de la parte más fácil, os ganaremos, sí; pero... ¿y qué; eh?». Y eso era una mierda de victoria a ojos vistas.

Que parecía igualmente defendible y razonable.

¿Qué había que hacer, ante una disyuntiva semejante?

Ella, sin embargo y tan pragmática, desentendida de calificativos y de tildes con una sencillez que dónde habría aprendido sin haber apenas ensayado, seguía, a su paso, sin pestañear ni apartarse de su camino un solo ápice y sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no mostró nunca interés por saber quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad, era otra cosa.